
IV

Había atravesado D. Paolo los talleres, en la diaria visita de inspección, repartiendo el saludo matinal á los obreros que encontraba, con ligero rozar de la visera de su gorra y un *bon giorno* distraído entre el bigote canoso. Era una sombra descomunal que pasaba, y en el vaivén alegre y tumultuario del trabajo, imponía silencio allí donde se presentaba, nube obscura que tapa el sol; escurríanse las muchachas embaladoras cada cual á su rincón. y dejaban de cantar ó de triscar con los mozos; Francesco escondía la tagarnina prohibida detrás de la oreja, é inclinaba el torso sobre el barreño de la pasta; el perezoso Pelitos manipula-

ba la suya con bríos que serían eficaces si fueran constantes, y la pala de Matías no paraba de entrar en los hornos y salir de los hornos... El ojo del amo redoblaba la actividad, fuerza impulsora de voluntades mercenarias, como el viento que mueve las aspas del molino dormido. Pasaba la nube negra, y de taller en taller renacían las bromas y la algazara; la tagarnina de Francesco, de su refugio auricular tornaba á los labios viciosos, y Pelitos dejaba en paz la masa para atusarse los rizos.

Por toda su trayectoria seguían al querido patrón las miradas de sus subordinados por ver qué tiempo hacía: malo, si la visera le cubría los ojos; bueno, si la visera descubría la frente. Y era este síntoma tan fijo y seguro, como el del fraile barométrico que se pone y se quita la capucha, que lo mismo en la fábrica vieja que en la nueva, regañaba D. Paolo con la visera caída, y no sonreía y departía jovialmente (raras veces, desgraciadamente, muy raras veces) sino con la visera levantada. Lo sa-

bían todos, por tradición y experiencia; y así, cuando la sombra descomunal aparecía á su hora reglamentaria, el primero con quien topaba era á mirarle la inclinación precisa de la gorra.—¡Mal tiempo!—murmuraba cada cual, si la traía para abajo.—¡Buen tiempo!—si para arriba apuntaba.

Aquella mañana la mostraba completamente echada atrás, y el reguero de satisfacción corrió por todos los talleres: buen tiempo, buen tiempo, ¡gracias á Dios! La prueba está en que se detuvo á hablar con dos obrerillas, que se habían retrasado, y recibió sus excusas con benevolencia, palmeándoles las mejillas; en el secadero de los fideos se estuvo media hora larga, presenciando la delicada operación de colocar en los bastidores los macarrones, cascada de amarillos caireles que Stella disponía sin que sus dedos gordotes quebraran uno solo, y hasta discutió con él si se comían mejor en Génova ó en Nápoles, en la *trattoria* de la *signora* Nunziata ó en la de Ferdinando *il urso*. Sonrió también porque

(lo que es reir no señaló nunca la visera el caso) un mozalbete resbaló en la escalera de los hornos, y dió en el suelo con la bandeja de moldes y con las narices. Pues si anda el patrón con la visera calada, buena caída la del mozo, ¡como que va á parar á la calle!, y no se levanta riendo, deja tan fresco la pasta perdida, unos cuantos kilos, y vuelve por otra bandeja para la cochura, entre el retozar del patrón y de Stella y allá abajo el del demonio de la fragua, Matías.

Acontecimiento tan extraordinario éste del amo en buen temple, no ocurría más de una vez al año, y hubo año, el de la construcción de la fábrica nueva (los veteranos lo recordaban muy bien) que ni una vez siquiera. ¿Cómo, pues, el batallón de humanas abejas, que tan ricas golosinas fabricaban, no había de alborozarse viendo la visera enhiesta? El viejo Francesco, que hacía tiempo esperaba una ocasión así, la aprovechó para presentarle la nueva fórmula de su invención, de un bizcochillo

sutil y crocante, con perfume de melisa y relleno de cacao, al que podría denominarse *Hugo*, breve y dulce nombre, tan caro al patrón... El bizcocho *Hugo*, como la galletita *Tecla*, pasaría seguramente las fronteras americanas y, adulator del paladar, triunfaría en todos los mercados.

—Ensayaremos, Francesco, ensayaremos—aprobó D. Paolo,—aunque me parece que se te ha ido la mano en la esencia. El éxito de la *Tecla* está en la *suavité*: las pocas gotas de azahar la perfuman delicadamente; una gota más, la amargaría. Cuestión de medida y de pulso, y también de entendimiento, amigo. Otra cosa: ¿casarán la melisa y el cacao? El cacao tiene un genio, que sólo á fuerza de azúcar se dulcifica. Y he aquí otra duda; con tal gasto de azúcar, superior al que consume la *Tecla*, ¿podremos darlo al mismo precio? *Ecco il problema...* En fin, ensayaremos, Francesco, y si resulta bien la prueba, le llamaremos *Hugo* al bizcochito, á ver qué suerte le cabe.

Contestó Francesco á estas observaciones, que él lo había ensayado ya en diferentes veces, aumentando y disminuyendo las dosis, precisamente por tratarse de unir dos elementos discordes, y tan difíciles de asociar como el cacao y la esencia de toronjil, y que con la fórmula presente logrado había juntarlos en la dichosa medida que, sin perder sus caracteres peculiares, daban los dos una mezcla exótica, original, y jamás probada.

—*Benísimo*—dijo el patrón.—La ensayaremos hoy mismo, y ya veremos.

Así como en días espléndidos, de cielo sereno y de sol brillante, basta una nubecilla volandera para enturbiar la limpidez y oscurecer la luz, en medio del gastronómico debate se arrugó la frente de D. Paolo, se embistieron sus dos cejas, y la visera de la gorra, sin que la mano la tocara y sólo por el impulso del gesto, descendió sensiblemente. Cuando puso punto al diálogo, la inclinación amenazaba á los ojos, y al entrar en su escritorio, sobre la calle, el

caballete de la nariz había desaparecido.

—¡Mal tiempo, mal tiempo!—dijo el viejo Francesco á Stella.—Y ¡malhaya mi bizcochada y su nombre y el de mi abuelo!

Pelitos, el uruguayo, que era habilísimo en lo de hacer figuras y dibujaba como un jerifalte, con airoso quiebro de cintura se acercaba para presentar, á su turno, las bonitas grecas y entrelazadas letras que había imaginado artísticamente, para que sirvieran de muestra atractiva y vistosa al nuevo producto de la gran fideería de Fiorelli; pero, apercibido del gesto repentino del amo, se detuvo á mitad de camino.

—Vete noramala—saltó el capataz.—¿No has visto la gorra? Para abajo mira la indina, como si el diablo la empujara. Tan contento que estaba, y de repente ¡zas!, empieza la visera á bajar, á bajar, á bajar... Cualquiera le da ahora á probar bizcochitos.

—Pues, cada mochuelo á su faena—dijo Stella, que no consentía le anduvieran entre sus macarrones,—y despejar y esperar mejoré el tiempo.

Esto del cambio ya lo sabían en todos los talleres; las chicas, que embalaban, como más desahogadas, exclamaron:

—Cosas de arriba, de las mujeronas.

Y el dicharacho corrió, zarandeado como pelota. ¡Claro! ¿Quién, sino ellas, las mujeronas de arriba, las intrusas, eran las que manejaban la visera del humor del patrón y le hacían intratable, que hasta de los asuntos é intereses de la fábrica se despedaba? ¡Perras, guarangas!

Entretanto, D. Paolo penetraba en su escritorio y saludaba:

—Buenos y felices días, señor D. Benigno.

—Muy buenos, señor Fiorelli—contestó el maestro que, junto al ventanal, sacaba punta á su lápiz.—¿Se ha descansado? ¿Pasaron las molestias de ayer tarde?

—¡Todo pasa, menos lo que á mí me pasa!—dijo entre dientes D. Paolo, echándose en su sillón de cuero, con desaliento que no disimulaba.

—¿Y qué le pasa al excelente amigo y

querido patrón?—preguntó solícito D. Benigno, después de una ojeada al barómetro de la fábrica.

—¡Usted es un hombre feliz, señor Landín!—dijo lentamente D. Paolo, y como si divagara á solas.—Se le murió la mujer joven, dejándole grato recuerdo de su belleza y de su buen carácter, y no la vió envejecer y agriarse; tiene usted una hija que, en vez de salirle necia y coqueta, y ocuparse de novios y perifollos, como otras, como casi todas, es la sabiduría y la bondad y la prudencia y todas las virtudes humanas juntas, personificadas en ella; ni vicios chicos ni grandes le afligen á usted, y le basta para distraerse esa graciosa manía de querer enseñarnos á todos á hablar correctamente el castellano, condenándonos á los horrores del infierno á los ignorantes que estropeamos su hermosa lengua... Tiene, además, su modesto vivir, tranquilo, sin necesidades; ni el hígado, ni el bazo, ni el corazón, ni el estómago se han negado, hasta ahora, á funcionar como es debido y

le han dicho: por aquí duele... ¡Hombre feliz, D. Benigno!

—Excepción hecha de lo referente á mi adorada Verónica, aquella flor de Entre Ríos que perfumó mi hogar, y á la que, si viviera, no vería marchita, porque era con los ojos del alma que yo la miraba; excepción de esto, que mi conciencia y mis sentimientos me obligan á salvar, en lo demás, en todo lo demás dice usted verdad, D. Paolo; yo soy un hombre feliz.

—¡Y qué pocos pueden declararlo, y qué pocos están libres del gusano de la ambición para publicar esta extraordinaria, esta sorprendente, inaudita, inverosímil confesión: soy un hombre feliz!—exclamó Fiorelli, descargando ambas manos sobre la mesa, manos velludas, anchas, espesas, de trabajador potente, que habían levantado una fábrica soberbia como aquella y, sin embargo, no fueron capaces de componer la figurilla alada de la felicidad, escultor poco diestro y sin genio.

Caía sobre ellas el sol primaveral y mar-

caba la piel curtida, las venas hinchadas, los pelos hirsutos, los dedos mochos. Manos torpes, manos ordinarias y vulgares.

—Deje usted ese lápiz—añadió volviéndose al maestro burgalés;—¿á qué afilarlo tanto, si yo no le voy á permitir pescar ahora granos y gorgojos? Porque así los suelte á docenas, y los soltaré, ya lo creo, le prohibo que los recoja antes de que me diga qué ha hecho usted y cómo se las ha arreglado para ser feliz.

—Este lápiz—contestó D. Benigno—no lo destino á lo que maliciosamente cree el Sr. Fiorelli, sino á repasar las cuentas de anoche; que lo que se hace de noche, de día se ve. Y respecto de la preguntita, diré que ella equivale á preguntarle á una hermosa, á un narigón ó á un estúpido, qué ha hecho cada cual para sacar bonitas facciones, larga nariz ó cortos alcances. Cuestión de *nativitate*, de idiosincrasia y también, naturalmente, de brújula y de voluntad. Yo soy feliz, Sr. Fiorelli, porque he nacido modesto y sobrio; fíjese usted

bien, *modesto y sobrio*, sin apetitos malsanos, y si alguno he sentido, mi voluntad, fíjese usted bien, *mi voluntad* lo ha dominado, lo ha suprimido. Con esto y la suerte de que mi Luisa saliera mejorada en tercio y quinto...

—Eso, la suerte, ¡ya saltó la palabra maldecida! ¿Qué pueden la voluntad ni ninguna fuerza humana contra la suerte? Mío será el error, la falta gravísima de no haber constituido un hogar en regla; pero, ¿es culpa mía que mi hermano Hugo, por ejemplo, me resulte, al cabo, un calaverilla, haragán y mujeriego?

—Nada de eso me parece mi joven y simpático discípulo—se atrevió á oponer D. Benigno.

Y las manos velludas, empujando la visera, descubrieron el relampaguear de los ojos coléricos. ¡Nada de eso, y se traía revuelto el cotarro femenino en el taller de embalaje, y no había obrerilla de palmito agraciado que no lo llevara cosido á sus faldas, con mengua del respeto subalterno

y perjuicio evidente del trabajo! ¡Nada de eso, y trasnochaba y se levantaba tarde y gastaba como un pródigo, y no se presentaba en el escritorio, á doblar el espinazo sobre los libros, sino cuando se le daba la gana, él, un pobrete, sin otro porvenir que el que su hermano quisiera legarle!

Alzada la visera, las nubes del malhumor se amontonaban sobre la frente de D. Paolo. ¡Fíense ustedes del barómetro! Y la tormenta rompió en truenos, cuando oyó que Landín decía muy sentencioso:

—El árbol da fruto según el terreno y el cultivo. En este caso, Sr. Fiorelli, es el terreno, no es el árbol el malo...

¡Verdad, verdad!! Dos puñetazos hicieron tambalear la mesa. ¡Qué verdad más grande, y qué nuevo puñetazo más terrible!

—El terreno es el malo—repitió el patrón, desahogándose como una esclusa que se abre,—y por eso, ¿ve usted, D. Benigno?, me resistía yo á traer á mi hermano inocente, criado por mi bendito tío Girólamo,

temeroso de que se echara á perder allí arriba, donde toda idea buena se corrompe, basurero en el que me revuelco sin fuerzas ni voluntad para salir de él, atado vergonzosamente por la pasión y la costumbre, que son dos tiranías en una sola tiranía. Y luchando entre traerlo ó no traerlo, me decidí por lo peor, por traerlo, y ahí está el hermoso árbol que me envió el tío Girólamo, amarillento, comido de bichos y á punto de secarse. Culpa mía, sí, porque lo traje, porque fuí débil, porque soy débil. Asómbrese usted, D. Benigno: este hombre, que así se queja, un coloso de actividad y energía mercantil, es un juguete en manos de mujeres, ¡me falta voluntad para resistir á una mujer! Compadézcame usted, D. Benigno, usted, el hombre feliz, que no levantará fábricas, como la de Fiorelli, pero ha sabido fundar un hogar sobre los cimientos de la virtud. ¡Ah! ¡Pudiera yo destruirlo todo y acabar conmigo!

Desplomó la cabeza sobre sus brazos, y el buen Landín consumió medio lápiz, á

fuerza de afilarlo á tontas y á ciegas, lamentando la inoportunidad de su frase, que así había puesto al pobre D. Paolo. Casi sin respiración, decidido á no volver á tocar el resorte que tales crisis provocaba, á navajazos con el inerme canutillo de grafito, decía:

—Para todo hay remedio, Sr. Fiorelli... Mientras haya enfermo, hay esperanza... Y el que á sí mismo se conoce, está á dos dedos de curarse sólo. Usted curará el día que quiera, fíjese usted bien, que *quiera*... En cuanto á D. Hugo, acórtele usted la cuerda, que para ello tiene potestad, y quítelo usted de la pésima compañía de Marquitos... ¿Ve usted? Anoche mismo nos declaraba á Luisa y á mí, delante de nuestro tertuliano y amigo D. Quico, que la vida que le hace llevar el trapisondista del pariente no era de su gusto, ni mucho menos. Luego, no falta á la lección, y cada noche se aprende su media docena de verbos. Mire usted que mi Luisa no es para departir y entretenerse con estos melones

de dos pies ó calabazas andantes: pues, arma sus charloteos con D. Hugo muy seguidos y agradables, y tales cosas le oigo, que puedo asegurar á usted, D. Paolo, que tengo al reverendo D. Girólamo por cultísimo y sabio sobre toda ponderación...

No contestaba D. Paolo, pero notábase que cada palabra de aquéllas le caía sobre el espíritu, como gota de bálsamo calmante sobre una llaga.

—En fin, en fin—murmuró pasado un rato,—todo se andará... Habla usted, don Benigno, como maestro que es... No vence sino el que no quiere...

Eran las once, y el torrente de luz alegraba la vulgar habitación, desnuda y pobre: en el centro, la mesa de largas patas, de lomos en declive; en un rincón, otra enana con librotes; y en el frontero la maciza caja de hierro, guardadora de caudales y secretos; en las paredes, la variada y chillona exposición de marcas de la fábrica, cada una con sus emblemas y guirnaldas y figuras: ya de matronas de azu-

lada clámide y blanca veste, el gorro de punta vuelta en la cabeza y la bandera en la mano; ya la cara bonita y relamida de mujer ó de niño, en la que se quiso pintar la expresión placentera del gusto... Mezclados los tamaños y los colores, allí aparecían los carteles más acreditados y conocidos de comilones: la *Unica*, la *Exquisita*, la *Perfecta*, el *Piccolo*, el *Ultra*... Y sobre todos, la *Tecla*, dominando, reinando, en un apoteosis de superioridad conquistadora, en la habitación entera su perfil de preciosa, en duelo galante con las rosas que lo encuadraban. Era como un pregón estrepitoso de su poder de favorita, pues hasta debajo de la mesa central, entre sus patas largas, sonreían Tecla y su coro de rosas en la cubierta de una pila de cajas cerradas.

Por el ancho ventanal se veía la hilera de carros á lo largo de la acera, unos ya cargados, á punto otros de cargar, y entrando en el portalón al compás solemne de los cascos de los caballos, que bajo el

sotechado de cristal y en el patio amplísimo resonaban gravemente. Y allí también Tecla triunfaba; reproducíase su perfil al infinito; llenaba cada carromato de aquellos en apretadas filas; se encaramaba en los propios topes; de mano en mano de los mozos andaba dando vueltas en cadena interminable.

En vano la *Unica*, el *Piccolo* ó la *Exquisita* disputarla intentaban humilde hueco. Soberana indiscutida, atropellaba por todas partes, se imponía á la atención por todos lados, ella y sus rosas, con insolencia avasalladora.

Era como el alma de la fábrica, á la que infundía vida; ella movía las máquinas, encendía los hornos, y la pasta jugosa transformaba en delicada golosina. En cada taller imperaba en forma distinta, diosa proteica y terrible: en el amasijo, destacando su perfume de azahar, amarillosa y casi líquida; en el horno, obstruyendo la entrada por dorarse; en el empaque, desbordando de las bandejas, ya escul-

pida, alongada, con el color de la uva borracha de sol.

Quien allí llegaba, había de sentir la influencia de su culto, porque la fábrica era su templo. Y se daba el caso de que, bajando de las alturas D. Paolo, quizá por esquivarla, le saltaba á los ojos al entrar; y los mismos dedos de los obreros, que por antipatía desearan ahogarla, por fuerza la acariciaban y trataban con remilgos. Hasta las bocas que la arrojaban los dardos del insulto, la recibían con agrado y paladeaban á placer.

Tiranía mayor, obsesión igual, nunca la hubo, y así reinaba ella, la linda criolla, allí arriba, arrastrando perezosa sus chapines rojos y bostezando...

En lo mejor de aquel barullo, apareció Hugo arrimado á la puerta del escritorio. Vencida su indecisión, venía á cumplir con su deber, á ponerse de pie delante de la mesa alta y á trabajar en los libros todo el tiempo que fuese preciso, sin ceder al llamado incitativo de la Charo, afuera, ni

adentro al de cierta rubilla embaladora muy de su gusto. Estaba resuelto á ser más formal que un poste; sí, sí, de estos chicos decentes que se acuestan con las gallinas, después de pasar el día abrazados al trabajo ó al estudio. También rezaría el Padre-nuestro que el tío Girólamo le mandaba rezar cada noche, y que por culpa de Marquitos llevaba la mar de noches sin rezar. Y en el libro que le habían confiado, y al que no metía mano hacía más de un siglo, también por culpa de Marquitos, apuntaría las cajas de *Teclas* que se vendían, tantas para la ciudad, tantas para el campo, tantas para provincias y tantas para el extranjero, sin que el nombre ni el perfil de Tecla le empujara por los peligrosos derroteros de la malicia, á los que, de un tiempo á esta parte, sentíase empujado, á pesar suyo, y perdiera ni una sola caja de la cuenta.

El primero que le echó la vista encima fué D. Benigno, y levantando el terrible lápiz, como hacía cuando cazaba al vuelo

un lapsus lingüístico para encasillarlo en su penitenciaría de vocablos, le amenazó de lejos risueño, y dió á entender sin palabras que la visera del hermano anunciaba tormenta, y'en lo más desatado de ella llegaba. Se encogió el *bambino*, por el temor y el respeto; pero entró valientemente en el escritorio, tocó en el hombro á D. Paolo, saludándole en su cariñoso dialecto, y agarró su libro mayor con la decisión del que se ata una piedra al cuello y se arroja al mar. En el mar de los números se sumergió á poco, en efecto, y arqueaba las cejas doradas, se mojaba los dedos en el tintero, se paraba á reflexionar gravemente, absorto en sus problemas matemáticos.

Ahora no diría el hermano que no trabajaba; delante de él, sudando estaba por encontrar una suma, persiguiendo un guarismo que, confundido con otros, había armado espantoso lío en una columna. Le iba ya á la zaga: ¿era un 3? ¿era un 7? No, era una idea perversa, muchas ideas malas que burbujeaban en su cerebro, embrollándole los

números, la Charo y la rubilla en danza tentadora, y también Tecla enseñando su media color de carne... ¡Maldito número! ¿Era el 3º? ¿era el 7º? ¿ó ninguno de los dos era?

Lo miraba al descuido D. Paolo, y el maestro, por señas, decía al patrón:

—Ya lo tiene usted trabajando, y no se quejará. Aplicadito viene el niño, con unas ganas feroces de sorberse el libro mayor entero. Vea usted cómo suda, cómo busca los números que se le escapan y qué chapuzones da á la pluma en el tintero; cómo arruga la frente, con qué afán tira de la guía izquierda del bigote. Quéjese usted, malhumorado patrón, y venga aquí con dianas, cuando posee esta alhaja de hermanito, que él solo, de seguir así, cargará con la fábrica á cuestras.

—Hugo—prorrumpió D. Paolo,—¡gracias á Dios! ¿Dónde te escondes? ¿por qué no bajas al escritorio con más frecuencia... con la frecuencia que debes bajar?

—Si bajo, *fratello*—contestó el joven tapándose la cara con el libro;—es que... á

veces vengo cuando tú te has marchado ya... Pero, te prometo que, desde mañana, estaré aquí á las diez ¡Te lo prometo!

—Bueno, hombre, bueno—dijo don Paolo, sin dar mayor importancia á sus palabras.

Y se volvió á D. Benigno para dirigirle este comentario mudo:

—Lo mismo que el último día y que siempre. ¡Fíame yo de las promesas de este tarambana! Deje usted que pase cerca la embaladorcilla, y que él la huela, porque la huele, D. Benigno, la huele á una legua, y adiós libro y adiós buenos propósitos... O que oiga el relincho de Marquitos, y saldrá escapado... ¿Bastará *mi voluntad* para detenerlo y traerlo de las orejas? ¿Qué dice usted, D. Benigno?

Y el lápiz del maestro dibujaba en el aire la respuesta:

—Espere usted; conceda usted tiempo á la enmienda. Tiempo, tiempo.

Los tres se entregaron, al fin, cada cual á su tarea, y los tres mangos tiesos

entre los dedos echaron á correr sobre el papel, como caballos de pista que se disputan un premio. Pero, mientras los de don Paolo y D. Benigno galopaban á porfía, el de Hugo hacía más estaciones que un borracho y se dormía sobre la mano distraída.

¿Era un 3? ¿era un 7?... La Charo lo esperaba aquella tarde, y diría rabiosa á Marcos:—Dime, ¿qué se ha hecho el gringuito?—Allá está—contestaría el otro—sacando cuentas con el hermano y con el maestro, porque ahora va á hacerse chico decente. Já, já.—Y se reirían del gringuito y se irían los dos con la Rufa á tomar chocolate con bollos, mientras él buscaba el número que se le había perdido.

Ganas le venían á D. Paolo de preguntarle qué fué aquello de la mañana. No era ciego ni sordo D. Paolo, y aunque se tomaba grandes precauciones para ocultarle la realidad de las cosas, y la propia misia Gorgonia mantenía el velo tupido cuanto podía (y podía mucho en este sentido mi-

sia Gorgonia), no siempre se lograba cubrir las apariencias de manera que el Sansón de la casa, el sostenedor de aquel tinglado, no se enterase de detalles sueltos con los que ataba luego cabos á disgusto suyo. Que chillasen allí arriba, ¿quién prestaba á ello atención? A todas horas y todos los días chillaban, y abajo distinguían perfectamente, sin equivocarse, por la mayor ó menor agudeza del diapason, cuándo gritaba Tecla, cuándo Parmenia y cuándo era misia Gorgonia la que daba la nota más baja ó la más alta la china Enriqueta, de algún pescozón que ganó en la batalla... Pero los gritos de aquella mañana parecían extraños, de tiple nueva en aquel teatro de escándalo. Los oyó D. Paolo en el momento en que Francesco le presentaba la fórmula del *Hugo* acabado de crear, y esto bastó para tumbar la visera repentinamente, con sorpresa del malhadado inventor. ¿Lo preguntaría?

Y, D. Paolo, sin detener el galope del plumífero corcel, hacía un gesto... ¿Para qué? ¿para que mintiera, como los otros?

¿No estaba inficionado del mismo veneno?
 ¿No lo había dejado inficionar él, él mismo, su hermano mayor, su padre? Y á la postre, ¿qué podía ser? Alguna mandadera desbocada, trampa vieja ó trapisonda flamante de la familia, de *su* familia...

Las patadas de los caballos en el patio acompañaban la tarea, y los tres se abstraían, se olvidaban, poco á poco, el uno del otro, y perdían la pista de sus cavilaciones; sin perdonar á D. Benigno que, de vez en cuando, ensayaba una salidita hacia aquellos campos de la ilusión, en medio de los que se alzaba gallarda la escuela de don Quico.

—¿Sabe usted?—dijo de pronto don Paolo, esforzándose por atrapar pensamientos más alegres,—mi viejo Francesco ha creado un nuevo bizcocho, una marca nueva... Hay que crear, D. Benigno, hay que crear cada día una pasta, porque si no la fábrica se estanca. Al público le agrada toda novedad, y es claro que para probarla tiene que comprarla antes, y esto produce movi-

miento... Ya está el público cansado de fideos de estrellitas y de letras, finos y entrefinos; de bizcochos para té estilo inglés. Ahora la boga es de las *perlas del Japón* y esos emparedados rellenos de coco, chocolate ó yema. Pues, hay que ofrecerle algo mejor: yo aspiro á mercantilizar el alfajor casero, y expedirlo fuera para regalo de los que no lo han probado en su vida, en lindas cajas llamativas. Y también las *tabletas* provincianas y ese postre barato, pero bueno de verdad, las *torrejas*... ¿Qué hace usted, D. Benigno?

—Clavar en esta pared, digo, en este papel esa palabreja, que es un disparate más grande que la fábrica, para llevarla á los calabozos de mi diccionario. Porque se dice *torrija* y no *torreja*, señor Fiorelli. Viene de torrar, tostar, ó sea del latino *torrere*, y llamarla *torreja* es hacerla diminutivo de torre y con disparates así no se forma idioma nacional en ninguna parte.

—¿Y á mí qué más me da que se forme ó no—contestó D. Paolo con sonrisa casi

franca—y que sea torre ó tostada, si consigo ponerla en conserva y venderla como pan bendito? Ya he advertido á usted, señor maestro, que cuando hable conmigo, que soy un humilde extranjero sin más entendimiento que el de hacer fideos, enfunde su lápiz y su palmeta, y no me cobre cuentas que deben pagar los del *paese*. Yo siempre he oído decir *torrejas*, y *torrejas* digo.

—Pues, muy mal dicho, señor Fiorelli. Y muy mal dicho, por ejemplo, eso de *candial*, que soltó muy campante el otro día una de las señoras de arriba. Se dice *candiel*, de cándido, y nada tiene que ver con el candeal del trigo. El *candiel* es la leche merengada con yema, que es á lo que se refería la dama aludida, cuyos pies beso. *Candiel*, señor Fiorelli, *candiel* y *torrejas*.

—Bueno, D. Benigno, ¿quiere usted que volvamos á mis fideos?

—Volvamos.

—Decía, pues, que busco la manera de

preparar tan ricos manjares en conserva, y entretanto algo nuevo para sopa. Pero, no se me ocurre nada. Recuerdo que la receta de la *Unica* se me ocurrió, así de buenas á primeras, al dar un tropezón en la calle. Ahora, aunque tropiece, no encuentro recetas de ninguna clase. ¿Será por viejo, D. Benigno? Sin embargo, más viejo es Francesco, y todavía discurre fórmulas nuevas, como un muchacho.

—Misterios de la mollera, señor Fiorelli; caprichos de la sangre, que según circula y según arrastra más glóbulos rojos, tonifica y vivifica tales y cuales células, y hace brotar, como chispas, tales ó cuales ideas... Pero, volvamos á los fideos, ó sea al bizcochito de Francesco. ¿Cómo halla usted la receta?

—No sé; hay que probarlo. Cacao y toronjil...

—La boca se me hace acíbar sólo de oirlo.

—¡Naturalmente! Va á necesitar más azúcar que un jarabe.

Se levantó D. Paolo, con la animación de antes y que experimentaba siempre que en su elemento se sentía á sus anchas. Y al levantarse D. Paolo, bastante inquieto y cansado de buscar números Hugo, que miraba por la puerta abierta el rebullir del patio, saludó con alborozado *bon giorno* á quien de prisa se acercaba, y era la propia hija de Francesco, la rubilla embaladora de marras.

Bien plantada la chica, airosa de talle y de ojos americanos que mareaban, merecía ser estampada en uno de aquellos carteles, deslumbrantes de colores, y dar su nombre á la más deliciosa galleta de la fábrica. Si el oleaje inspirador de la sangre, de que hablaba D. Benigno, no producía la fórmula deseada, no sería por culpa del modelo, ciertamente.

Traía en alto una fuente, de loza vulgar, que en sus manos parecía de repujada plata, y la escoltaba el padre, quien, ladino de suyo, abroquelado en la filial hermosura, nada había de temer de la visera del patrón.

—¿La huele ó no la huele?—dijo con intención D. Paolo al burgalés, en viendo el grupo y designando á Hugo.

—Lo que yo huelo—contestó D. Benigno inflando la nariz—es la fragancia de esta fruta de horno que trae esta hermosa Salomé en su fuente.

—No me llamo Salomé—rectificó la muchacha, saludando á todos con desparpajo,—me llamo Carmen, y en mi casa me dicen Carmelita.

—Ya lo sé, hija; si sabré yo, si sabremos todos que te llamas Carmelita...

—Y esto tampoco es fruta, como cree el Sr. Landín, sino la nueva galleta que mi padre está ensayando.

—Pues, claro, ¿no tengo yo ojos, Carmelita? Vamos, que no entiendes tú de metáforas.

Los de la joven se abrían como dos soles, magníficos, y la dulzura del mirar inocente apoyaba la opinión de D. Benigno, de que no entendía de ninguna clase de metáforas. Detrás, Francesco sacudía la

cabezota, y sus bigotes de cepillo, casi blancos, se erizaban para mascullar en su media lengua:

—*Ecco* la galleta, el bizcocho, *il mio* bizcocho, *l' Hugo*.

—Anda y bautizado y todo—dijo don Benigno, adelantando la zarpa hacia el dorado rintero de la portadora.

Hugo, muy alegre, y D. Paolo acercáronse también, defiriendo á la reiterada, expresiva y ruidosa invitación del inventor. ¡Probarlo, por Cristo vivo! ¡Era la propia gloria; los mismos ángeles en el Paraíso no fueran capaces, con sus manos divinas, de amasar nada semejante ni más digno de ofrecerse al *figlio* de la santa Madona!

Como antes los tres lapiceros, al unísono, las tres manos tocaron la fuente, y las tres bocas, con solemne beatitud, se abrieron y se cerraron.

—¿Qué tal?—preguntaba ansioso Francesco.

—Para mi gusto, excelente—falló el

primero, D. Benigno;—el saborete de melisa le va muy bien.

—Exquisito, exquisito—dijo Hugo, devorando con los ojos á la linda portadora, más de su agrado, sin duda, que el bizcocho.—¿Y le das mi nombre, Francesco? Muchísimas gracias.

—Le falta azúcar—opinó el pesimista D. Paolo;—ya lo decía yo. Todavía amarga, Francesco.

—¡Qué ha de amargar!—protestó el viejo capataz.—Lo que hay es que el patrón tiene amargado el paladar, y amargo lo encuentra todo y amargo encontrará un terrón de azúcar que le pongan en la boca.

Tantos gramos llevaba la mezcla, y de cacao nada más que lo necesario para dar color, y de esencia sólo una chispita. Ya vería, antes de poco, el favor que el público iba á dispensar al *Hugo*, y en qué forma, asociado á la *Tecla*, dominaría el mercado. No habría manos bastantes para prepararlo: escasos los obreros, insuficientes los hornos, paralizado el género vulgar y

corriente, *Hugos* y *Teclas* llenarían la fábrica, triunfarían dentro y fuera. ¡Y qué decir del cartel de Pelitos; cómo elogiar aquellas guirnaldas de flores por todo lo alto y por todo lo bajo, y el bonito entrelazar de letras á lo modernista, con toques dorados y en toda la composición dominando el rojo, para atraer desde lejos la atención de los más distraídos! No podía compararse con ninguno de aquellos de las paredes...

—¿Te gusta á ti, Carmelita, este *Hugo* aquí presente?—deslizaba entretanto, en un aparte el *bambino* á la muchacha, ofreciéndola un bizcocho.

Y ella que, francamente, no entendía de metáforas, contestó después de clavarle los crueles dientecitos y triturarlo:

—¡Claro que me gusta! Como que lo ha hecho mi padre.

—Bueno, Francesco—resolvió D. Paolo; —nada se pierde con largar cien, doscientas cajas de prueba; si prende, mejor; si no prende, se retira. Así hemos hecho siem-

pre, aun con las más apreciadas, con la *Unica*, con la *Perfecta*, con la *Tecla*... Y ojalá de *Teclas* y de *Hugos* rebose la fábrica, y en ese patio y en la casa entera *Hugos* y *Teclas*, en montaña inmensa, reinen y triunfen. Buena señal será, mi viejo Francesco, buena señal.

Parecía fatigado, y la opresión del pecho apenas le dejaba hablar. Se sentó, y la visera de la gorra cayó sobre sus ojos mortecinos.

—Mala señal, Francesco—susurró don Benigno;—largarse, que aquí sobramos todos.

Salió el capataz, y Carmelita se volvía para saludar, alzando la fuente en sus brazos redondos y morenos, sonriendo con la boca de cereza y los ojazos húmedos. Hugo se marchó detrás, y la Salomé, el viejo y él se perdieron en el tumulto del patio.

D. Benigno, al pie del ventanal, atacó de nuevo la punta de su lápiz. El sol le daba de lleno en la calva y bajo la influencia de su caricia se le removían afejas

ideas, pensares de otro tiempo, en que la tristeza de D. Paolo no se había iniciado todavía y era el hombre activo, creador de industrias. A cada astillita que arrancaba al lápiz, lo miraba compasivamente.

—¡Lo peor es—murmuró D. Paolo debajo de su visera, con voz que sonaba á muerto,—lo peor es que Francesco tiene razón! Es mi boca la que amarga, D. Benigno... ¿Se fué ese mequetrefe, verdad? Claro, ¡no había de irse!... Estamos solos. Pues, entonces, contésteme usted, que todo lo sabe y á quien su felicidad todo le aclara: ¿por qué es mi boca la que amarga y por qué la amargura fluye de mí como fuente maldita?

V

—Dichosos los ojos... Pase usted, Hugo; que el venir sin su mal compañero y en noche tan señalada, es más que suficiente para que se le reciba aquí con gusto y simpatía.

Concepción estrechó la mano del joven, le cuchicheó que esperase, que tenía muchas cosas que decirle, y se volvió á las tres ó cuatro personas que ocupaban su camarín y habían acudido á felicitarla aquella noche de su beneficio, para reanudar la interrumpida charla. Estaba Concepción bastante guapa: coronada de florecillas carmesíes la cabeza rubia, y todo el traje de gasa blanca salpicado de pétalos sangrientos, la